

PINOCHO

AÑO VI
NUM. 276

25 cts

1 JUNIO
1930



PERO DON TURU ¿POR QUÈ SE TAPA USTED LOS OJOS?
¡PORQUE ME HA DICHO EL MÉDICO QUE LA CERVEZA, NI MIRARLA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANELLO Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

—Me siento la cabeza pesada y dolorida, mal sabor de boca...

Una fuerte aspiración de amoníaco, algunas compresas frías en la nuca, y dos copitas de un cordial acabaron por reponerme del todo.

Galiani se había espantado, al entrar por la mañana en el despacho, y aún tenía pálido el semblante e inquietos los ojos. Había encontrado las puertas de par en par, y a mí extendido como muerto en el diván de mi estudio. Cayetano, por su parte, estaba amordazado y atado a un sillón de la biblioteca; agitaba todavía el pobrecillo un temblor convulsivo y agrandaba sus ojos el terror. El abogado se precipitó en la delegación de policía; la noticia se propaló inmediatamente e invadieron en breve mi habitación muchos periodistas y amigos.

Cayetano contó que la noche antes había entrado como tenía por costumbre en la biblioteca, para cerrar las ventanas, cuando había sentido que una mano robusta le apretaba el gaznate. Aun antes de que hubiera podido pedir socorro, habíanle tapado la boca con un trapo del que emanaba un extraño olor, agudo y penetrante que en el acto le había hecho perder el conocimiento. Al recobrarlo, encontré atado a una butaca y amordazado en forma que le impedía emitir ningún sonido. Era apenas día,

y, en efecto, a poco oyó dar las seis en la vecina iglesia. Así había permanecido mi buen servidor presa de la mayor agitación hasta cosa de las ocho, esto es, hasta que Franco llegó a desatarle.

El comisario, al practicar su indagatoria, halló en el suelo, junto a mi mesa de despacho, un cigarro consumido a medias, que después se descubrió había sido causa de mi malestar y mi modorra. Los hilos del timbre de entrada habían sido cortados, como también los del teléfono; pero las extremidades truncadas de estos últimos, desnudos de los aisladores, habían sido luego nuevamente puestos en contacto mediante dos empalmes que después aparecieron quitados de las pilas de los timbres. De ahí dedujo el comisario que Köwaes, antes de abandonar mi casa, había tenido precisión de telefonar a alguien.

Hizo mucho ruido esta empresa del célebre ladrón húngaro, que había osado otra vez aventurarse en pleno París para defenderse preventivamente de las injustas acusaciones con que le habrían gratificado sus cómplices; y la policía, sabiendo que le andaba tan cerca, dió suelta a sus más hábiles sabuesos con la esperanza de poderle al fin atrapar. Pero me apresuro a decir que Köwaes supo una vez más hacerse invisible. Y aún se volvió a hablar de él algunos meses más tarde cuando logró extraer de la caja de depósitos del duque de Whiteland en el Crédito Central la espléndida colección de

alhajas de la duquesa, incluyendo entre ellas el célebre collar de perlas negras de que me había hablado la noche del 15 de abril. No lo había olvidado, ni había querido privarse de su antojo.

Pero el mismo día que siguió a mi inolvidable coloquio nocturno, experimenté aún una última y definitiva sorpresa.

Después de despedir a los amigos y colegas ya tranquilizados, quise ordenar los apuntes que tomé casi al dictado de aquel demonio de hombre, para transmitirlos a Milán en la conferencia telefónica de la tarde. A las seis, cuando a ella me llamaron, púseme yo mismo al aparato y empecé a dictar el artículo; pero, enunciadas las primeras frases, la voz nasal del taquígrafo que en Milán recibía mi correspondencia me interrumpió:

—¡Pero si eso es otra vez el artículo de ayer!

—¿Cómo, de ayer?

—Sí, bueno, de esta noche.

—Pero si esta noche no he telefonado.

—¡Vamos, hombre! No hemos podido establecer la comunicación hasta después de las tres, tanto que la edición de la mañana salió con una hora de retraso. El dependiente que telefoneó en lugar de usted insistió por cierto en nombre de usted en que el artículo saliera en la edición de esta mañana...

Comprendí. Mi informador, temiendo acaso que yo no publicara su autodefensa o no la transmitiera tan completa y persuasiva como él deseaba, había querido comunicarla por sí mismo a mi periódico.

Ante la extraña noticia, no supe contener mi viva hilaridad, y lancé en la bocina trasmisora una larga e irrefrenable carcajada.

No pudiendo robarme otra cosa, Segismundo Köwaes me había robado... el oficio.

CAPITULO ÚLTIMO

La vista del proceso tuvo lugar en París en el mes de julio y despertó en el público enorme curiosidad. Los habituales concurrentes a los grandes debates y muchas señoras pagaron precios simplemente fabulosos para reservarse un puesto en el que poder asistir a las largas audiencias del Tribunal. Los periódicos reprodujeron prolijamente las reseñas taquigráficas de los interrogatorios, y los vendedores de postales ilustradas hicieron su agosto despachando por millares los retratos de los dos D'Alimand, el mío y los de nuestros amigos. Jamás se había visto nada semejante a no ser en todo caso en los tiempos del asunto Dreyfus.

La confesión dejada por Larouchy correspondía hasta en los detalles a lo que Köwaes había venido a narrarme en casa, y bastó por sí sola para probar la culpabilidad de los reos. Siguió el largo desfile de testigos aún con vida del primer proceso; luego, yo, Holtzmann, Hodgsonfield y Mandiguet fuimos llamados a declarar acerca de las circunstancias que nos habían llevado a conocer a los acusados y a relacionarnos con ellos. Crooswelt, que por razones profesionales no había podido ausentarse de Adelaida, envió telegráficamente su declaración.

Pronuncióse el fallo el 23 de julio. D'Alimand fué absuelto; Fayollet condenado en lugar suyo a la deportación perpetua; Armagnac y Foichant

(Continuará en el próximo número.)



COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1936, by The Chicago Tribune

BRANNER



LOS PIRATAS DEL REEF

(Continuación)

Intentar rechazar a aquellos audaces bribones que estaban dispuestos a cubrir el puente de la nave con una espesa lluvia de balas hubiera sido una locura, así que el capitán ordenó:

—¡Muchachos echad las escalas y a mal tiempo buena caral! Espero que nuestro Gobierno no dejará que nos asesinen y si esto hiciera nos vengará. Inglaterra protege a sus súbditos.

La orden fué ejecutada enseguida y los rifeños saltaron sobre la nave teniendo siempre puesto el dedo en el gatillo del fusil por temor a ser traicionados.

Apenas se hallaron sobre cubierta ataron a los marineros y los condujeron al castillo de proa amenazándoles con ser fusilados si hacían el menor acto de rebelión. Después, su jefe dijo al capitán:

—Ahora tenéis que dejarnos saquear la nave. Todo lo que contiene es ya de nuestra propiedad.

—¡Eres un ladrón!—le gritó el capitán furibundo.

—Es buena presa—respondió el rifeño riendo—. Somos muy amigos del mar y le rogamos que arroje a las naves contra nuestras costas.

—Mi Gobierno te castigará cuando se entere de este acto de piratería.

—¡Que pruebe mandar tropas contra nuestros montes si se atreve!

—¿Qué es lo que pretendes recibir en suma por nuestro rescate?

—Cien mil pesetas.

—Nadie te pagará tal cantidad—dijo el capitán.

El rifeño sonrió como una hiena del Atlas y agregó:

—Veremos a ver qué piensa vuestro cónsul en Tánger cuando vea que le mando un par de orejas o alguna cabeza de un súbdito inglés.

—¡Eres un miserable!

El jefe se encogió de hombros y le volvió la espalda para bajar a la tolda.

El saqueo de la nave había ya comenzado por parte de los piratas del Riff. Otras cinco barcasas habían llegado junto al brik con unos cincuenta montañeses y todos se hallaban entregados a su tarea de abrir las cajas del equipaje, registrar los muebles y sondear los efectos del lastre de la carga de la estiba y todo cuanto llevaba el desgraciado barco.

Los marineros temblando de ira, pero impotentes, se desfogaban lanzándoles imprecaciones que no causaban efecto entre aquellos bandoleros que se apresuraban aún más en el saqueo.

Al atardecer embarcaron a los prisioneros y siempre amenazados con las pistolas les obligaron a tenderse sobre los bancos y a permanecer inmóviles.

Una hora después les desembarcaban en la playa bien

encadenados les llevaron casi a rastras hacia sus montañas haciéndoles pasar por espesos bosques que parecían no tener fin.

Durante toda la noche obligaron a aquellos desgraciados a marchar a pesar de sus protestas y hacia el alba llegaron a un aduar formado por unas cincuenta tiendas muy amplias, rodeadas por su gran empalizada y defendida por bloques enormes de piedras acumuladas con cierta maestría.

Fueron introducidos en un recinto bastante fortificado y como comida les dieron un poco de mijo cocido y algunos sorbos de agua que no bastaron para desvanecerles el hambre ni la sed.

Diez hombres armados con fusiles hacían guardia por la parte exterior para impedir cualquier intento de fuga.





Habían transcurrido ya tres días sumamente angustiosos para los desgraciados prisioneros, cuando a la mañana del cuarto vieron entrar en su encierro al jefe con ojos que lanzaban relámpagos de ira y la frente fruncida.

—Perros cristianos—dijo llevándose la mano a las pistolas que tenía en la faja—. Vuestro cónsul no me ha contestado aún y es necesario que yo le mande a ese tunante un par de orejas vuestras.

—¡Eres un granujal!—respondió valerosamente el capitán que no pudo contenerse ante la arrogancia descarada de aquel ladrón—nuestro cónsul no es un salteador holgazán como tú y respeta a las personas desventuradas sean musulmanas cristianas o budistas.

—Pues él no ha contestado todavía a mi carta y lo que es peor no me ha mandado aún las cien mil pesetas que yo le exijo por vuestro rescate.

—Te ha tratado como mereces—respondieron los marineros a coro.

—Pues yo le mandaré primero vuestras orejas y luego vuestras cabezas si se obstina en permanecer callado—respondió el cabecilla furibundo—; nosotros somos rifeños y ante nosotros tiembla hasta el Sultán de Marruecos. Si mañana por la mañana no está ya el dinero aquí, ¡por las barbas de Mahoma os corto a todos las orejas!

Asustados los marineros por aquella amenaza no osaron

irritarle más, temerosos de que aquel bribón pusiese en práctica sus amenazas.

—¡Hasta mañana!—dijo el jefe con voz furiosa—. Mandaré a vuestro Cónsul media docena de orejas.

El capitán que conocía muy bien a aquellos bandidos y que sabía mucho de lo que eran capaces, apenas salió el terrible rifeño llamó en torno a sí a sus desgraciados compañeros y después de haberse asegurado de que nadie podía oírles dijo:

—Muchachos, se trata de jugarnos la cabeza. Si el Cónsul no ha respondido todavía será que no piensa hacer nada con nosotros o que hace gestiones con el Gobierno marroquí para efectuar una expedición armada para salvarnos.

En cualquiera de estos casos tengo la convicción de que estos ladrones no nos van a dejar sana la piel y es preciso que pensemos en ponerla a salvo.

—Y ¿qué vamos a hacer, capitán?—dijo el contraestre.

—Estamos decididos a todo—, dijo un marinero—no tenemos gana ninguna de dejar aquí ni nuestras cabezas ni nuestras orejas.

—Os propongo fugarnos—, dijo el capitán—somos bastante ágiles para trepar por estos muros y he observado además que nuestros guardianes durante la noche duermen en torno al fuego. Ayudémonos e intentemos probar suerte.

(Continuad.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HACE UN DIA JAMÓN, CURRINCHE.
¿DÓNDE TE PARECE QUE NOS VAYAMOS
A TOMAR EL SOL?

A UN SERVIDOR NO
LE PRUEBA TOMAR EL SOL PORQUE
ME TUESTO



YO CREO QUE DEBIÉRAMOS IRNOS A
LA SIERRA A CAZAR GRILLOS

HAS TENIDO
UNA IDEA CAÑÓN
NIÑO!



¿PERO ES QUE VAMOS A IRA PIE?

NO HOMBRE, AHORA VAMOS
AL GARAGE A SACAR EL
COCHE



YA VERÁS QUÉ CONTENTÍSI-
MO SE PONE CUANDO VEA QUE
LO VAMOS A SACAR DE PASEO.

¡YA, YA!
¡EL POBRE NO
SALE NUNCA!



¿NO TE LO DECÍA YO? MIRA QUÉ
SALTITOS DE ALEGRÍA ESTÁ DANDO

UN SERVIDOR ESTÁ UN
POQUILLO ESCAMADO



ME CHOCAN ESTAS PIQUETAS PORQUE
AHORA RECUERDO QUE EL COCHE
NO TIENE GASOLI-
NA



OYE, MORENO; FÍJATE QUÉ MODO
DE CORRER DETRÁS DE ESSE RATÓN

ME DÀ EN LA NARIZ
QUE AQUÍ HAY
MISTERIO



ABRIREMOS LA VENTANITA DEL
ESCAPE DE GASES A VER QUÉ
PASA



¡MI ABUELA! ¡SI ESTABAN
DENTRO TODOS LOS GATOS DE
LA BARRIADA!



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Cashillo

EL ARTE DE MATAR RATAS



L puerto de Vigo, que es uno de los más bonitos de España, llegó, no ha mucho tiempo, un buque noruego de gran porte, que llamó la atención por lo preciso y bien ejecutado de sus maniobras.

Aquella noche apareció en los periódicos de la localidad el anuncio de su llegada, y además el de que el patrón del buque ofrecía una gruesa suma a aquel que, por medio de una industria cualquiera, librara al barco de la horrible plaga de una legión de ratas que le traían casi destrizado. La recompensa era crecida, y no pocos se presentaron para ganarla; pero aquellas ratas, que infestaban la cala y la bodega del bergantín, sabían más que Lepe, y no había medio de exterminarlas. Lo gatos perecieron a dentelladas, acosados por el número de sus naturales enemigas, y en Sevilla comenzó el patrón a publicar anuncios en busca del medio de acabar con aquella plaga.

Una rata de buena familia, muy amiga mía, me contó la historia de sus compañeras que habitaban el buque noruego. Eran ciento y la madre; es decir la bisabuela, porque ya eran cuatro generaciones de ratas las que poblaban la sentina del barco.

«—La rata bisabuela—dijo mi amiga—se llama *Zampartortas*, porque le gustaban extraordinariamente las de Alcázar, y dicen que se zampó cincuenta en menos tiempo que se estornuda.»

«Sus hijos son *Zanquillargo* el de los fósforos y *Buenosdientes* la degollada. El primero se llama así porque tiene unas patas tan largas, que en cuatro zancadas corre una legua, y se llama el de los fósforos porque un día se comió una caja de cerillas de esas de caramelo y chocolate. La degollada, su hija, tuvo una cuestión con un gato, que era agente de consumos interino, y le dijo que llevaba matute. Ella dijo que no, él que sí, y, por último, la dió una tarascada que en poco la degüella.»

«Un día la *Zampartortas* fué a un puerto de mar por consejo del médico, y allí le dió la manía de viajar; pero como los viajes cuestan caros, y ella es pobre como todas las ratas, se fué al puerto eligió el buque más bonito y más nuevo, por temor a ahogarse en un buque malo, y, avisando a sus hijos, se colocaron los tres en el buque noruego; y ahí los tienes tan

campantes, cargados de familia, y comiéndose la mitad de la carga del barco. Por mucho que haga el capitán no podrá echarlas, porque le han tomado cariño al buque y no se van aunque las maten. El veneno es inútil porque *Zanquillargo* se ha pasado la flor de su vida en una botica y conoce todos los venenos como un farmacéutico. Los gatos no se atreven con la tía *Zampartortas*, que es una especialidad en degollar mininos. Les tira un puñado de harina a los ojos, los ciega, y, en cuanto enternan los párpados, ya no los vuelven a abrir. El puñal no les alcanza, la espada no penetra en las siete revueltas de sus madrigueras, y además no salen sino de noche, y

va adelante el *Pupila*, que ve a oscuras parpadear a un mosquito, y detrás marcha el *Orejas*, que oye bostezar a una araña; de manera que a la menor señal de peligro avisan, y todos se ponen en salvo. El otro día, según he leído en la *Gaceta Ratonil*, el pinche del barco quiso pinchar con el pincho a *Zampartortas*, pero el pincho del pinche no pinchó, sino que fué a clavarse en la espalda de un marinero, y éste le sacudió al pinche tal bofetada, que se quedó en cuclillas cantando la gallina y soplando en el fogón. De modo que, mientras quede madera que roer, el barco será de mis compañeras.»

Y esto diciendo, la rata sabía que me hablaba corrió hacia un agujero, olfateó y, volviéndose hacia mí, me dijo: «Adiós; me voy porque me ha dado un tufillo a queso de bola y quiero llegar antes que nadie.»

Al reclamo del anuncio se presentó un individuo que aseguraba que mataría todas las ratas del barco, sin dejar ni una sola para muestra, y en tan poco tiempo y con tal facilidad, que se conformaba por toda recompensa con diez duros y el pasaje gratis de Sevilla a Cádiz, siempre que le permitiesen hacer la operación en el camino.

Consintió el patrón, muy esperanzado al ver lo resuelto del andaluz, y éste le dijo:

«Como ustedes me ayuden, es cuestión de quince minutos.

Hizóse el barco a la vela, y apenas hubieron franqueado la desembocadura del Guadalquivir, cuando nuestro andaluz pidió un gran barreño y una silla; sentóse, se remangó los brazos, sacó un enorme cuchillo y dijo a los marineros:

«¡Eal Vayan ustedes trayendo ratas, que yo las iré matando.





El capitán, protestó indignado; pero el andaluz le dijo que él se había comprometido a matarlas, más no a cogerlas. El capitán resolvió no volver a tratar sino con personas

formales.

Cuando de Sevilla pasó Vigo acudió, atraído por el anuncio, un joven de dieciocho a veinte años, de cara inteligente, que, acercándose al patrón, le preguntó qué medios se habían empleado hasta el presente contra aquella turba destructora, y, enterado, le dijo:

—Yo me obligo a matar todas las ratas...

—¿Y a cazarlas también?—dijo el patrón.

—Las mataré sin cazarlas, empleando para ello un veneno que no hace ruido ni huele mal y que penetra por todas partes.

—¿Y qué clase de veneno es ese?

—El ácido carbónico; el que produce la espuma del agua de Seltz.

—¿Y cómo los que bebemos esa agua no nos envenenamos?

—Porque para que sea mortal es necesario respirarle mucho tiempo. Mi proyecto consiste en fabricar una gran cantidad de este ácido, que, como usted sabe, es gaseoso, e inundar con él el interior del buque.

En efecto, autorizado por el patrón, echó en un tonel cosa de cien kilos de bicarbonato de sosa y ácido sulfúrico y agua, y en la espita del tonel colocó un tubo de goma que iba a parar a la bodega.

En el momento en que el bicarbonato y el ácido sulfúrico se pusieron en contacto prodújose una terrible fermentación, y el ácido carbónico, desprendido en la combinación, salió por el tubo, y, como es más pesado que el aire, fué llenando poco a poco el interior del bergantín, en el cual, claro está, no había ningún tripulante.

Para saber cuándo el ácido carbónico, que es invisible y no tiene olor, llegaba hasta la cubierta del buque, colocó algunos faroles a diferentes alturas, observando que se apagaban conforme el aire iba siendo reemplazado por ese gas mortífero.

Cuando ya llegaba a la propia cubierta el

veneno, cerróse la escotilla y así permaneció el buque unas cuantas horas.

Y aquí de los apuros de las ratas. El Zanzquilargo, al notar la maniobra, salió corriendo para saber lo fraguaban, acompañado del Pupila y el Orejas. El primero conoció al punto el bicarbonato, y dijo:

—Alguno padece del estómago.

El Orejas añadió:

—Algo hierve en los toneles.

A lo cual agregó el Pupila:

—Sale un tubo de goma hacia nosotros.

El Zanzquilargo exclamó:

—Ya sé; están fabricando gaseosa. Ya veréis qué cosa tan rica.

Después de esto fueron a avisar a la Zampatortas que estuviese tranquila; pero como rata vieja decía:

—Me parece que nos están urdiendo alguna mala pasada.

Un dulce sueño comenzó a apoderarse de ellas, que de seguro se dirían: «Esta es la hora de la siesta», más ¡ay! que aquélla fué la última que durmieron; y de aquel ejército de ratas, no quedó ni una para contarle, y el buque quedó limpio de roedores.

El joven fué recompensado espléndidamente, y su procedimiento ha sido ensayado siempre con éxito en casos análogos.

Cuando en la mesa os sirvan agua de Seltz en el vino, recordad que esas burbujas que suben y estallan con ruido de hervidero son producidas por un gas que refresca el estómago, pero que acabó con todas las ratas del buque noruego anclado en Vigo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chononcito.

—Salud, mi sabio buho ¿se puede saber qué representan esas dos ilustraciones que te has traído hoy?

—Precisamente las traigo para hablar de ellas. Van a ser el tema de nuestra charla ¿qué te parece?

—Cosa rara son los dos bichitos; cosa fea y cosa extraordinaria será lo que de ellos tengas que hablarme, ¿verdad buho?

—Más que todo eso será curioso lo que te diga. Por lo pronto ese pajarraco que parece...

—El gallo de Morón.

—Tú lo has dicho; el gallo de Morón, sin plumas y a punto de cacarear; pero no es tal gallo sino un viejísimo loro australiano que llamó la atención de los habitantes de Brisbane.

—¿Por lo feo?

—Por el extraordinario caso de longevidad que este animal representaba. ¿Sabes los años que vivió este loro?

—Vete a saber. A lo mejor más que una persona pueda vivir.

—Pues este buen lorito llegó a alcanzar la sorprendente edad de ciento ocho años, ¿qué te parece?

—Que ahora me explico ese aspecto repulsivo que tiene la figura de la ilustración. ¡Esas plumas! ¡ese pico! ¡esas garras! Sólo a fuerza de años pueden adquirirse esas prendas tan desastradas. ¡Bien se nota en la triste figura del loro que los años han ido dejando su grotesca huella!

—Como dato curioso te diré que vió morir a todos, absolutamente a todos, los miembros de la familia de colonos que lo poseía.

—Es que con ciento ocho años ya es para quedarse solo en una familia.

—A fuerza de vejez perdió casi todo su plumaje, del que sólo le quedaron unas muestras raquíticas. Por otra parte, como las fuerzas le abandonaron casi por completo, ya no podía frotar su pico contra un cuerpo duro, para afilarlo y desgastarlo, y así llegó a crecerle tanto, que ya le llegaba al pecho. En sus últimos años hubo que alimentarlo a mano, echándole los alimentos, convertidos en papilla, con una cucharita, ni más ni menos que con los mismos cuidados que se gastan para dar de comer a un niño pequeñito. A pesar de su carga de años el animal conservaba una vista y un oído que para sí los quisieran algunas personas muy jovencitas.



c.

—No lo dirás por mí, que ya sabes lo bien que veo y que oigo.

—Ya lo sé. Pero por tí no lo digo.

—¿Y el otro bicho, qué es? Parece a simple vista una rata.

—A simple vista, sí; pero si te detienes a examinarlo encontrarás en él cosas que las ratas no tienen. Sin embargo se le llama falsamente «la rata de trompa». Fíjate en sus patas, largas, macizas, armadas de poderosas uñas, y en esa trompa que prolonga su hocico.

—Sí, sí, ya lo veo; pero no me negarás que su tamaño, su forma, su larga cola desnuda, le dan toda la apariencia de una rata.

—No lo niego, querido Chonón. Pero voy a decirte lo más curioso de este animalejo. Tú sabes muy bien que lo que sobran en el mundo son ratas y ratones.

—Desgraciadamente es verdad. Si por mí fuera no dejaría uno vivo ¡para lo que sirven!

—Pues, en cambio, ejemplares de este animal que aquí te presento en stampa, no queda ninguno vivo. Sólo pueden ofrecerse a la investigación de los naturalistas los ejemplares disecados que como oro en paño se conservan en algunos museos de los Estados Unidos de América.

—Si que es curioso el caso. ¿Y dices que no queda ni uno vivo? ¡Con lo grande que es el mundo!

—Por lo menos no se encuentra por parte alguna. Es un insectívoro que valido de la rapidez de sus movimientos persigue, o por mejor decir perseguía, a los animalitos más pequeños que él, y con su trompa, que prolonga a voluntad, succiona del interior de los troncos de los árboles todos los insectillos que hay bajo las cortezas. Este animal abundaba antes en las Grandes Antillas, principalmente en la isla de Santo Domingo y en Haití. Los perros y los gatos, importados de Europa por los colonos le hicieron una guerra de exterminio. No hace muchos años que los museos americanos se dieron cuenta de que en sus colecciones no poseían ningún ejemplar de esta especie exclusivamente americana y pidieron a sus corresponsales de Antillas el envío de algunos. La con-

testación fué que de estos animales no podía hallarse ya ninguno vivo porque habían sido extinguidos. No obstante se organizó una expedición que al cabo de ocho meses dió por resultado el hallazgo de uno, cuya curiosa stampa es la que te he traído. ¿Qué te ha parecido, curiosq Chonón?

—Curiosísimo, mi querido buho.



c.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

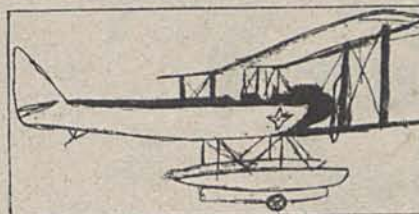
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho y su cuadruga
Guillermo Merklin, 11 años



El reloj de Pinocho
Luis Pinilla



Avioneta «Moth» con flotadores
por Jorge Llerena



Mary
L. Fernández



Casa de campo
Ángel Blasco



Mi muñeca
Cándida Azcárate



Hermosa escena
Dámaso Salvador



Un elefante
M.ª Teresa Martín



Mi hermana
merehe
Concha Baños



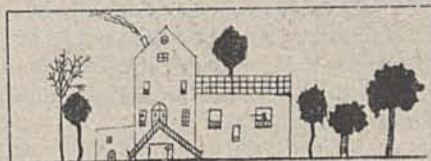
Currínche
R. Pillado



La catedral de Gerona



El molino de Pinocho
por Luis G. Marmol



Villa Pinocho.—B. Piquero



Mi perro
Santiago Colmenero



Ojo de águila
Miguel Rodríguez



El palomar de Pinocho
Salvador Pérez



Hombre negro
José M.ª Álvarez Cascos



Hombre amarillo
José M.ª Álvarez Cascos



Margaritas.—María Caro



Don Turu
Lorenzo Aramburu



El hotel de Pinocho
Salvador Pérez



Una flor
Ana M.ª Fernández



Chapete húngaro
Eduardo Peset



B B por Lolita Fernández



Miguel de Cervantes
José M.ª Álvarez Cascos



Bandera de España
María Caro



Cabecita
Inés Jaraquemada



El sereno
J. Fernández



El pueblo de Pinocho
Salvador Pérez



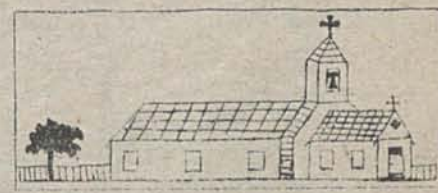
Cerecitas
Lorenzo Mondoza



Una segadora
Ana M.ª Fernández



Un ratero
Miguel Rodríguez



La iglesia de mi pueblo.—Gil Fernández

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL ANIMAL MISTERIOSO



Un atrevido explorador en una de sus correrías por el África Meridional, con otros compañeros, se extravió de éstos, quedando solo, sin más arma que un fusil y un cinturón de los que se usan para llevar balas, aunque nuestro explorador llevaba una solamente que le había sobrado por casualidad pues habían estado disparando tiros todo el día...

Muerto de hambre, el pobre hombre, no sabía qué hacer cuando sus ojos acertaron a ver la silueta de un animalito bastante grande. Echóse el fusil a la cara y cuidadosamente apuntó, para no gastar la única bala que le quedaba.

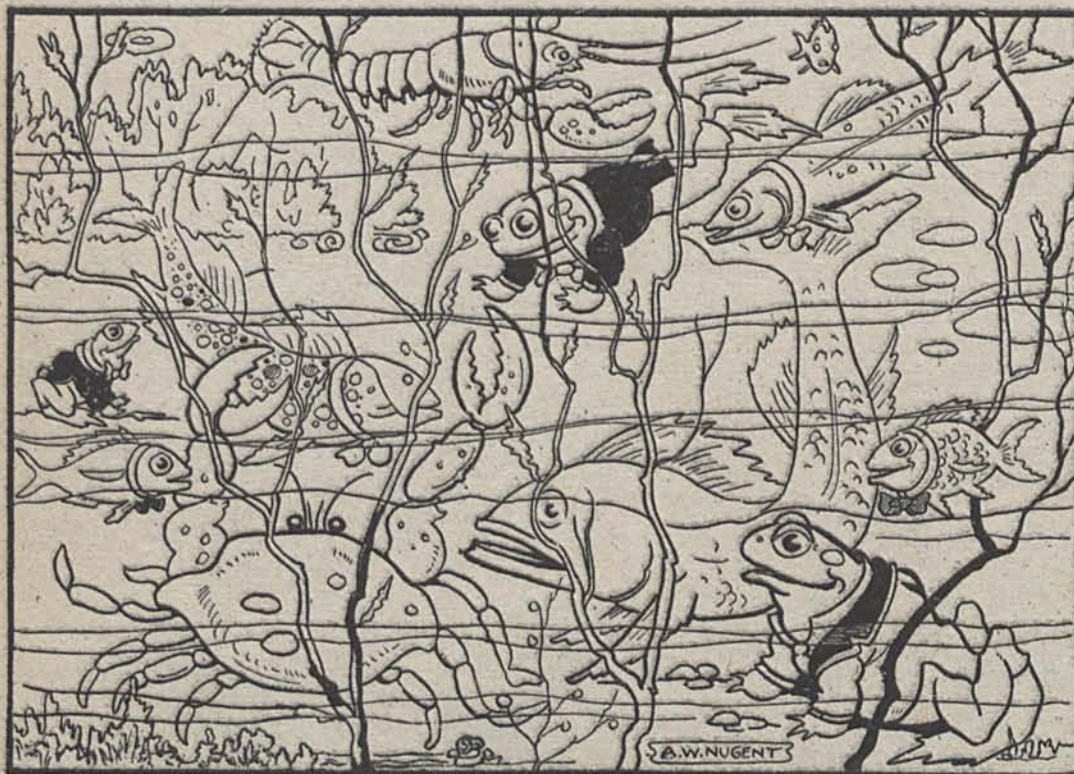
Disparó y el animal cayó patas arriba...

La bala se había clavado entre sus dos ojos... Acercóse el explorador y descuartizando el animal tuvo con sus restos comida hasta que siete días después le encontraron sus preocupados compañeros.

¿Podéis vosotros reconstruir, uniendo los pedazos descuartizados, al susodicho animal?

CUPÓN	DE SOLUCIO-	276
	NES DEL MES DE JUNIO	
Envío del Pinochista D.		
.....		
.....		
.....		

EN EL FONDO DEL MAR



En el fondo del mar ocurren cosas verdaderamente extraordinarias.

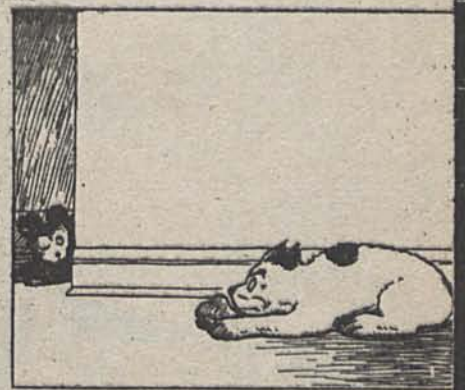
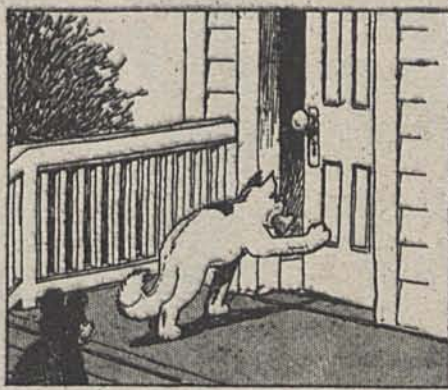
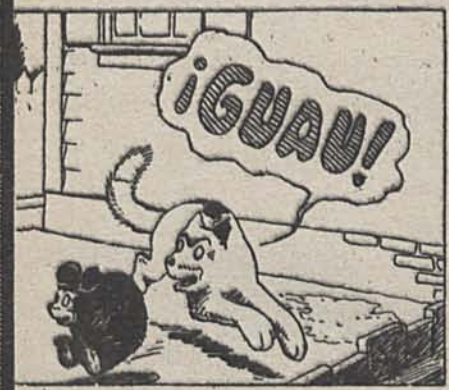
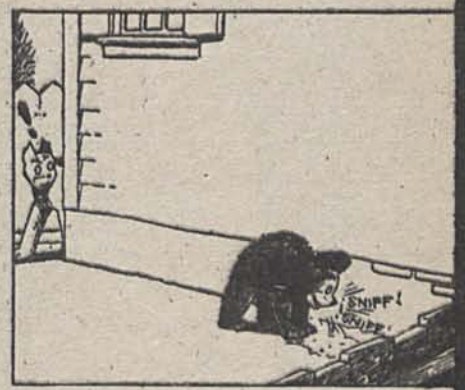
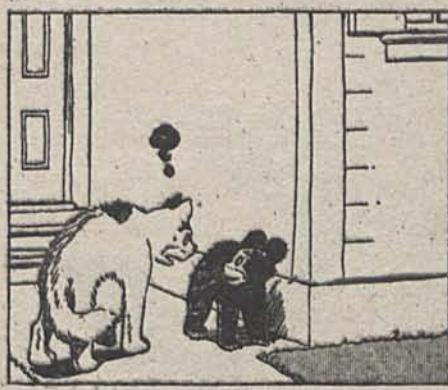
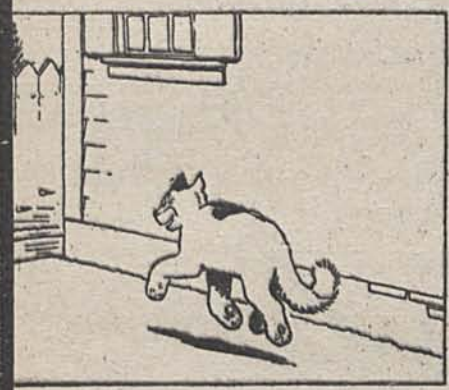
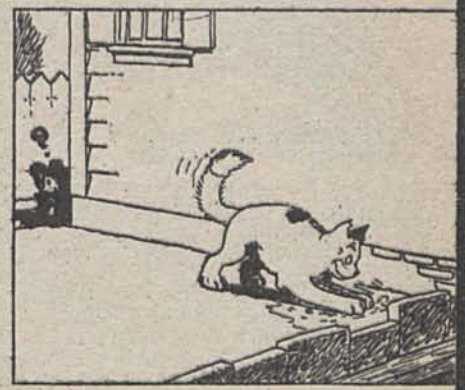
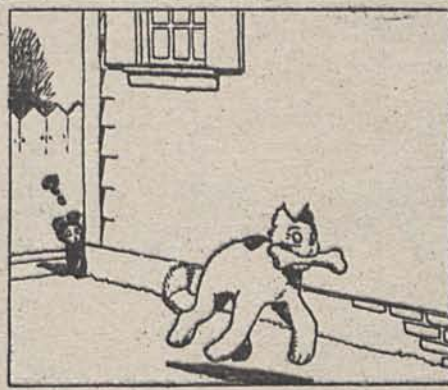
Una vez un amigo nuestro que era buzo «amateur» bajó con ayuda de una escala, junto a un lugar rocoso de la provincia de Pontevedra y logró sorprender la escena que véis en la que un pato, una morsa y una tortuga...

Pero ¿qué decís?
¿Qué no los véis?

Pues ¡a buscadlos inmediatamente!

ANITA

BUE- CORAZON



SECCIÓN PIÑOLA

CUENTOS DE PIÑOLA

LA NARIZ DE LA CHINITA PA-TCHU-LI



¿No habéis conocido a la chinita Pa-Tchu-Li? Pues os felicito, porque nada hubieráis salido ganando con su amistad.

Pa-Tchu-Li era malísima; caprichosa y testaruda,

holgazana y embustera, golosa y presumida, no había para ella mayor diversión que hacer rabiar a la gente, ni mayor placer que componerse, ni más grato recreo que contemplar en el espejo su pelo más negro que si lo lustrase con betún, su piel más amarilla que la flor del azafrán, su naricilla más menuda y redondita que un garbanzo y sus ojos que daban ganas de echarles perras, pues eran tan estrechos que parecían la rendija de una hucha.

Como véis, Pa-Tchu-Li a pesar de ser tan mala, era preciosa; este raro fenómeno puede darse en un cuento chino, en la realidad, no, ni aquí, ni en la China. Entre las maldades predilectas de la insoportable chinita figuraba la de llenar de hollín la polvera de su vecina de la derecha, echar piedras en el puchero de «arroz a la pekinesa» de la vecina de la izquierda, y meter un gato en la cama de la vecina de enfrente.

Donde más estaba Pa-Tchu-Li era en las calles del pueblo, haciendo diabluras, cogiendo frutas y destrozando flores en los huertos y jardines ajenos.

Un día que se hallaba muy entretenida en estas operaciones, salió el dueño del huerto con un garrote y Pa-Tchu-Li asustadísima echó a correr hasta que llegó a un bosque que había en las afueras del pueblo; al pie de un árbol, vio a un hombre dormido; era un anciano de luengos bigotes amarillos (es natural que a los chinos, cuando envejecen, el pelo se les ponga amarillo en lugar de blanco) y trenza kilométrica. La infernal Pa-Tchu-Li se acercó, contentiendo la respiración; cogió la trenza del anciano, la enrolló alrededor del árbol, la ató luego a una rama y fué a esconderse cerca de allí para gozar del espectáculo que se preparaba.

Al poco rato, el durmiente abrió los ojos, se desperezó, bostezó, y quiso levantarse; pero lanzó un ¡ay! de dolor al que respondieron las carcajadas de Pa-Tchu-Li que se destornillaba de risa: ¡jil! ¡jil! ¡jil! (Los chinos cuando se rien dicen por lo visto ¡jil! ¡jil! ¡jil! en lugar de ¡ja! ¡ja! ¡ja!)

Entonces, el viejo levantó un dedo, sencillamente, y la trenza se desató sola. Luego miró a la chinita que, de stupefacción se había quedado boquiabierta e inmóvil:

—Pa-Tchu-Li—dijo severamente—yo soy el poderoso brujo Fu-Tchin-Kó y tú eres un mal bicho. Tu maldad va a recibir un justo castigo.

Extrajo de su bolsillo una cajita de nácar, la abrió y sacó un grano de arroz; luego dijo tres veces muy de prisa:

—Chi-fa-chu! Li-pa-tu! Pi-ta-ful!

Y ¡paf! aplicó el grano de arroz en la punta de la nariz de la niña que, del susto, estaba más muerta que viva. Luego, sacó de una de sus amplias mangas, un silbato de plata, lanzó un silbido estridente y una nube luminosa le rodeó; cuando se disipó, el brujo había desaparecido; Pa-Tchu-Li, volviendo de su asombro, se llevó la mano a la nariz para ver si el grano de arroz seguía allí. ¡Horror! el grano de arroz no estaba ya, pero la nariz de Pa-Tchu-Li se había alargado de un modo tan extraordinario que alcanzaba un tamaño de por lo menos cincuenta centímetros.

Así es que cuando notó que le había salido un extravagante apéndice nasal, echó a correr como loca; atravesó el pueblo, donde todo el mundo, a su paso, daba gritos y se burlaba de ella, llegó a su casa, se metió en la cocina, agarró un enorme cuchillo y ¡zass! se cortó al rape la enorme nariz que cayó al suelo; pero en el mismo momento, le creció otra que aventajaba a la primera en unos veinticinco centímetros. Furiosa y exasperada Pa-Tchu-Li se tumbó sobre su colchón de papel, volvió hacia la pared su terrible nariz y se durmió, llorando de rabia y de vergüenza; pero ¡ay! no de arrepentimiento. Apenas se quedó dormida, una nube luminosa llenó la habitación; sentado encima estaba el anciano de bigotes amarillos; levantó un dedo y dijo tres veces:

—Chi-fa-chu! Li-pa-tu! Pi-ta-ful!

Y al momento, el jergón con la chinita encima se elevó y atravesando el techo sin romperlo, desapareció por los aires.

Cuando Pa-Tchu-Li despertó, quedó stupefacta; se hallaba en una llanura cubierta de nieve; su primer movimiento fué tocarse la nariz; pero no, no había disminuido. En aquel momento, vio a una pobre vieja cargada con un haz de leña que subía penosamente una cuesta.

—¿Quieres ayudarme a llevar mi carga?—suplicó la vieja.

—Déjeme usted en paz—contestó Pa-Tchu-Li. (Lo cual es una grosería, aunque se diga en chino).

Pero aun no bastándole con esto, hizo más... como veremos el domingo que viene.

